

Nathaniel Hawthorne

La Casa
de los Siete Tejados

Traducción de
Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The House of the Seven Gables*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Ilustración: © Encyclopaedia Britannica/UiG/Index-Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8402-4

Depósito legal: M. 35.675-2013

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Prefacio

Cuando un escritor denomina a su obra «romance»¹, queda bastante claro que su intención es reclamar cierta laxitud, tanto en lo que se refiere al estilo como al contenido de ésta, que no se habría permitido el derecho de tomarse de afirmar que lo que estaba escribiendo era una novela. Se supone que esta última forma de composición aspira a lograr una fidelidad muy minuciosa, no sólo de lo que es posible, sino del curso normal y probable de las experiencias de las personas. La otra –por más que, como obra de arte, deba someterse a ciertas leyes estrictas, y peque de un modo imperdonable al desviarse de la verdad de la experiencia humana– goza de la prerrogativa de presentar esa verdad bajo circunstancias que, en gran medida, son de la elección y creación del escritor. Además, si éste lo cree conveniente, puede manipular la atmósfera para destacar o suavizar las luces e intensificar y enriquecer las sombras de su cuadro. Lo más acertado, sin duda, será que haga un uso muy moderado de estos

1. Hawthorne está estableciendo la habitual dicotomía entre novelas realistas y libros de caballerías o de gestas en sus variantes épicas, sentimentales y fantásticas (en los que también tiene cabida la novela gótica), que asimismo se pueden llamar en castellano «romances» y que, a diferencia de las primeras, acostumbraban a ofrecer pocos rasgos de verismo.

privilegios, y sobre todo, que incorpore lo fantástico como una esencia ligera, delicada y evanescente, más que como una parte consubstancial del plato que ofrece al público. No obstante, tampoco se podrá decir que esté cometiendo un crimen literario si hace caso omiso de tal precaución.

En el presente libro, el autor se ha propuesto (aunque hasta qué punto lo haya logrado es algo que, afortunadamente, no le corresponde a él juzgar) no apartarse en ningún momento de la inmunidad que el género le permite. Podemos afirmar que este relato se inscribe dentro de los postulados románticos por su intento de conectar un tiempo de antaño con el presente que se nos escapa. Es una leyenda, que se extiende desde una época ya gris y lejana hasta nuestro claro amanecer, y que trae consigo algo de su bruma legendaria, la cual el lector, a su conveniencia, puede descartar o dejar que flote casi imperceptiblemente entre los personajes y sucesos para lograr un efecto pintoresco. Tal vez la narración esté tejida con una urdimbre tan humilde que necesite de ese aliciente, y que, al mismo tiempo, ese carácter humilde dificulte más su consecución.

Muchos escritores hacen gran hincapié en algún propósito moral definido que afirman que es el objetivo principal de sus obras. Para no ser menos a ese respecto, este autor se ha provisto de una moraleja: que las fechorías de una generación se perpetúan en las siguientes y, al quedar desprovistas de cualquier atenuante temporal, se convierten en pura maldad incontrolable; y se sentiría muy satisfecho si este romance consiguiera convencer a la humanidad (o, de hecho, a alguna persona) de la locura que significa lanzar una

avalancha de oro mal habido, o de bienes inmuebles, sobre las cabezas de una desdichada posteridad, para de ese modo lisiarlos o aplastarlos hasta que la masa acumulada sobre ellos termina dispersándose en partículas. No obstante, lo cierto es que el autor no cree que sea lo bastante imaginativo para poder hacerse la menor ilusión de esa índole. Cuando los romances verdaderamente enseñan algo, o producen algún efecto real, es por lo general por medio de un proceso más sutil que el pretendido. Así pues, el autor ha considerado que no valía la pena empalar incesantemente a la historia con su moraleja como si fuese una barra de hierro –o, más bien, como si clavara una mariposa con un alfiler–, ya que de inmediato la privaría de vida y haría que se pusiera rígida de un modo grotesco y poco natural. Una gran verdad, delineada con honradez, delicadeza y habilidad, que se vuelva más excelsa a cada paso y remate el desenlace final de una obra de ficción, puede añadir una excelencia artística, pero nunca es más auténtica, y rara vez más evidente, en la última página que en la primera.

Puede que el lector prefiera asignar una localización concreta a los hechos imaginarios de esta narración. De habérselo permitido la conexión histórica (que, aunque leve, era fundamental para su plan), el autor habría estado encantado de evitar cualquier concreción de ese tipo. Dejando aparte otras objeciones, expone al romance a una forma de crítica inflexible y extremadamente peligrosa, al poner el producto de su imaginación casi en contacto directo con las realidades del momento. No ha formado parte de su intención, sin embargo, describir costumbres locales, ni en modo alguno jugar con las características de una

comunidad por la que siente auténtico respeto y una estima innata. Confía en que no se considere una ofensa imperdonable que trace una calle que no viola los derechos particulares de nadie, que se apropie de un solar que no tenía propietario conocido, y que construya una casa con materiales que llevan mucho tiempo empleándose para hacer castillos en el aire. Los personajes del relato, por mucho que ellos mismos se digan de rancio arraigo y considerable prominencia, son en realidad creaciones del autor, o, cuando menos, de su propia mezcla, y sus virtudes no pueden arrojar ningún lustre a la venerable ciudad de la que manifiestan ser habitantes, ni sus defectos redundar en absoluto en descrédito de ésta. Así pues, al autor le gustaría que, sobre todo en el barrio al que se alude, el libro se leyera estrictamente como un romance, que tiene mucho más que ver con las nubes de las alturas que con cualquier porción de terreno del condado de Essex².

Lenox, 27 de enero de 1851.

2. Condado del estado de Massachussets, cuya capital era antiguamente Salem, la ciudad en la que tiene lugar la historia.

La vieja familia Pyncheon

A mitad de una retirada calle de una de nuestras ciudades de Nueva Inglaterra, se alza una casa de madera de color orín que tiene siete tejados³ muy puntiagudos, orientados hacia distintos puntos de la brújula, y una enorme chimenea apiñada en medio de todos ellos. La calle es Pyncheon Street, la casa es la vieja casa Pyncheon, y un olmo de amplia circunferencia, que se alza ante la puerta, es conocido por todos los niños de la ciudad como el olmo Pyncheon. En mis ocasionales visitas a dicha población, rara vez dejo de ir a esa calle para pasar entre las sombras de las dos antigüedades que son el gran olmo y la casa tanto tiempo azotada por los elementos.

El aspecto de esa venerable mansión siempre me ha parecido el de un rostro humano, que no sólo muestra el rastro de las tormentas y del sol de fuera, sino también el largo lapso de vida mortal que ha transcurrido dentro, junto con las vicisitudes que lo han acompañado. Si se contaran esas vicisitudes como se merecen, compondrían una narración de considerable interés y carácter instructivo, y poseerían, además, una extraordinaria unidad que casi podría parecer el

3. Son tejados a dos aguas, con lo cual también podríamos hablar de «siete gabletes».

resultado de una manipulación artística. Sin embargo, la historia incluiría una serie de hechos que se extenderían a lo largo de la mayor parte de dos siglos, y que, si se escribieran con razonable amplitud, llenarían un infolio más grande, o una serie más larga de octavos, de lo que prudentemente sería apropiado para los anales de toda Nueva Inglaterra durante un periodo similar. Así pues, resulta imprescindible que omitamos la mayoría de cuentos tradicionales de los que la vieja casa Pyncheon, también conocida como la Casa de los Siete Tejados, ha sido el tema. Con un breve esbozo, por lo tanto, de las circunstancias que rodearon la construcción de la casa, y un rápido vistazo a su extraño exterior, conforme fue ennegreciendo bajo el frecuente viento del este —y señalando también, aquí y allá, algunos puntos cubiertos de musgo verdoso del tejado y los muros—, daremos inicio a la verdadera acción de nuestro relato en una época no muy distante de la actualidad. Aun así, no dejará de haber una conexión con el pasado remoto: una referencia a hechos y personajes olvidados, y a costumbres, sentimientos y opiniones casi o totalmente obsoletos que, si los transmitimos debidamente al lector, servirán para ilustrar de cuántos materiales viejos están formadas las novedades más recientes de la vida humana. A partir de ahí, asimismo, se podría extraer una importante lección de la verdad bastante desdeñada de que los actos de las generaciones anteriores son el germen que puede y debe producir buenos o malos frutos aun transcurrido mucho tiempo; que, junto con la semilla de la mera cosecha temporal, que los mortales denominan conveniencia, éstos también siembran inevitablemente las simientes de unos bro-

tes más duraderos que pueden ensombrecer las vidas de sus descendientes.

La Casa de los Siete Tejados, pese a su actual aspecto vetusto, no fue la primera morada levantada por el hombre civilizado en ese mismo terreno. Antiguamente Pyncheon Street tenía el nombre más humilde de Maule's Lane⁴, y se llamaba así por el ocupante original de esas tierras, ante cuya casita no había más que una vereda para el ganado. Un manantial natural de agua mansa y cristalina –un raro tesoro en la península rodeada por el mar en la que se habían asentado los puritanos– había impulsado de inmediato a Matthew Maule a construir una cabaña con el tejado de paja en ese lugar, por más que estuviese un tanto alejado de lo que era entonces el centro del pueblo. No obstante, según fue creciendo la población, al cabo de treinta o cuarenta años el solar que ocupaba esa basta casucha se volvió muy apetecible para un personaje importante y poderoso, que alegó de forma bastante fehaciente ser el propietario de ese terreno, así como de una considerable parcela adyacente, por habérselos concedido la asamblea legislativa. El coronel Pyncheon, el demandante, según podemos colegir de los testimonios que de él se conservan, se caracterizaba por poseer una férrea determinación. Matthew Maule, por su parte, pese a ser un hombre humilde, fue tenaz en la defensa de lo que consideraba que era suyo de pleno derecho, y durante varios años consiguió proteger la hectárea de tierra que, con su duro esfuerzo, había arrebatado al bosque primigenio para que fuese su casa y jardín. No se conocen documentos

4. «Callejón de Maule».

escritos de esa disputa. Lo que sabemos de todo el asunto deriva principalmente de la tradición oral. Por lo tanto, sería atrevido, y probablemente injusto, aventurarse a dar una opinión concluyente sobre sus fundamentos, aunque parece que, cuando menos, hubo sospechas de que el coronel Pyncheon había ampliado desmesuradamente la extensión del terreno que reclamaba para que también abarcara los pequeños límites del de Matthew Maule. Lo que más fuerza da a dicha sospecha es el que esa controversia entre dos antagonistas tan dispares —en una época, además, en la que, por mucho que la alabemos, la influencia personal tenía mucho más peso que ahora—, siguiera años sin resolverse, y que sólo concluyera tras la muerte de la parte que ocupaba el terreno en disputa. Su forma de morir, asimismo, nos produce una impresión diferente a la que tuvo hace siglo y medio. Fue una muerte que plagó de un extraño espanto el humilde nombre del habitante de la casita, y que hizo que casi pareciese un acto religioso arrasar la pequeña parcela que ocupaba para borrar su recuerdo por completo.

Al viejo Matthew Maule, en pocas palabras, lo ajusticiaron acusado de brujería. Fue uno de los mártires de ese terrible delirio⁵ que nos debería enseñar, entre otras cosas, que las clases influyentes, y aquellos que asumen la responsabilidad de ser dirigentes de la población, son igual de propensos a cometer todos los mismos errores fruto del apasionamiento que siempre

5. Se refiere a los famosos juicios por brujería de Salem de 1692, tras los que diecinueve personas fueron ahorcadas por culpa del fanatismo religioso de esa comunidad puritana.

han caracterizado a la muchedumbre más enfebrecida. Clérigos, jueces, hombres de Estado –las personas más sabias, serenas y santas de su día– se situaron en el círculo más cercano que rodeaba a la horca y fueron los que más fuerte aplaudieron esa masacre, así como los últimos en reconocer su lamentable equivocación. Si hay alguna parte de las medidas que tomaron que pueda decirse que merezca menos reproches, fue la singular falta de discriminación con la que persiguieron no sólo a pobres y ancianos, como en anteriores matanzas judiciales, sino a personas de todas las clases sociales, que incluían a sus iguales, hermanos y esposas. En medio del desorden de esa variada destrucción, no es de extrañar que un hombre de tan escasa distinción como Maule recorriese su vía dolorosa hasta el patíbulo pasando casi desapercibido entre la multitud de condenados. Sin embargo, más tarde, una vez que hubo remitido el frenesí de esa época espantosa, se recordó el vigor con el que el coronel Pyncheon se había unido al grito general de acabar con la brujería que asolaba aquellas tierras; ni tampoco se dejó de murmurar que había una acritud hostil en el empeño que había puesto para que Matthew Maule fuese condenado. Era bien sabido que la víctima había reconocido que a su perseguidor lo movía la enemistad personal contra él, y que buscaba su muerte para hacerse con el botín que dejaría tras de sí. En el momento de la ejecución, cuando ya tenía la soga alrededor del cuello y el coronel Pyncheon, a caballo, contemplaba la escena con aire muy serio, Maule se dirigió a él desde el cadalso y pronunció una profecía cuyas palabras exactas la historia, así como los relatos ante el fuego, nos han transmitido: «¡Dios –dijo el

hombre que estaba a punto de morir, señalando con un dedo al rostro impertérrito de su enemigo y lanzándole una mirada horrenda—, Dios le hará beber sangre!⁶».

Tras la muerte del supuesto brujo, su humilde hogar cayó con facilidad en manos del coronel Pyncheon. Sin embargo, cuando se supo que el coronel tenía intención de levantar una mansión familiar —espaciosa, de un sólido armazón de madera de roble, y pensada para que sobreviviese a muchas generaciones posteriores de su descendencia— en el mismo lugar en el que primero había estado la cabaña de troncos de Matthew Maule, hubo muchos chismorreos y movimientos negativos de cabeza en el pueblo. Sin que llegaran a manifestar abiertamente sus dudas de que el inquebrantable puritano hubiese actuado como un hombre justo e íntegro a lo largo de todo el proceso que aquí hemos esbozado, insinuaron, no obstante, que estaba a punto de construirse una casa encima de la tumba de alguien que no descansaba en paz. Su hogar comprendería el del brujo muerto y enterrado, y así permitiría al fantasma de éste tener el peculiar privilegio de rondar por las nuevas estancias, y por los dormitorios a los que los futuros desposados llevarían a sus mujeres y en los que nacerían los hijos de los Pyncheon. El espanto y fealdad del crimen de Maule, así como su lamentable castigo, oscurecerían las paredes recién enlucidas, y muy pronto las infectarían con el olor de una casa vieja y triste. ¿Por qué, entonces, si tanta de la tierra de alrededor estaba aún cu-

6. Son las mismas palabras que dijo Sarah Good, una de las condenadas de Salem, a uno de sus acusadores antes de ser ejecutada.

bierta de hojas de bosques vírgenes, prefería el coronel Pyncheon un lugar maldito?

Pero el soldado y magistrado puritano no era un hombre al que pudieran hacer desistir de su meditado plan ni la amenaza del fantasma de un brujo ni endeblés sentimentalismos de ningún tipo, por muy aparentes que fueran. Si le hubiesen dicho que soplaba allí un viento pernicioso, tal vez hubiese meditado un poco su decisión, pero se sentía preparado para enfrentarse a un espíritu maligno en su propio terreno. Dotado de un sentido común tan enorme y sólido como bloques de granito que estuviesen firmemente sujetos por una abrazadera de hierro, y de una severa rigidez de intenciones, continuó con su proyecto original sin que probablemente ni se le ocurriera que pudiese haber algún impedimento a éste. El coronel, al igual que la mayoría de los de su clase y generación, era inmune a cualquier delicadeza o escrúpulo que una sensibilidad más refinada hubiera podido enseñarle. Así pues, excavó el sótano y puso los profundos cimientos de su mansión en el mismo terreno del que, cuarenta años antes, Matthew Maule había barrido por primera vez las hojas caídas. Fue un hecho curioso —y, como pensaron algunos, de mal agüero— el que, poco después de que los obreros empezaran los trabajos, el manantial de agua antes mencionado perdiese por completo su deliciosa calidad prístina. Ya fuera porque sus fuentes se viesan alteradas por la profundidad del nuevo sótano, o por cualquier otra causa más sutil que acechara en el fondo, lo cierto es que el agua del pozo de Maule, como continuó llamándose, se volvió dura y salobre. Sigue siéndolo incluso ahora, y cualquier anciana de la vecindad estará dispuesta a

certificar que produce un fuerte perjuicio intestinal a quienes sacian su sed en él.

Puede que al lector le resulte extraño que el maestro carpintero del nuevo edificio fuese nada menos que el hijo del mismo hombre cuya muerte había permitido que le arrebataran la propiedad de la tierra. No fue algo tan inverosímil, ya que era el mejor de su oficio, o quizá el coronel considerase conveniente contratarlo, impulsado por un buen sentimiento, para así desterrar la sospecha de cualquier posible animosidad contra los descendientes de su enemigo caído. También estaba en consonancia con el espíritu rudo y práctico de esa época que al hijo no le importara ganarse honradamente un penique –o, más bien, una importante cantidad de libras esterlinas– procedentes del bolsillo del enemigo acérrimo de su padre. El caso es que Thomas Maule se convirtió en el arquitecto de la Casa de los Siete Tejados, y realizó su trabajo tan concienzudamente que el armazón de madera, montado con sus propias manos, todavía sigue tan compacto como el primer día.

Y así se construyó la gran casa. Pese a ser tan familiar para el escritor, pues ha sido motivo de curiosidad para él desde la niñez, como ejemplo de la mejor arquitectura señorial de una época ya lejana, y como escenario de unos hechos más llenos de interés humano que, quizá, los de los grises castillos feudales; pese a serle esa casa tan familiar, como decía, pero hallarse ahora en su ajada vejez, es normal que le sea aún más difícil imaginarse el esplendor con el que por primera vez recibió la luz del sol. La impresión que causa su estado actual, pasados ciento sesenta años, enturbia inevitablemente la imagen que nos encantaría dar del

aspecto que presentaba la mañana en que el magnate puritano invitó a toda la ciudad a su inauguración. Iba a tener lugar una ceremonia de consagración, tan festiva como religiosa. Los rezos y discurso del reverendo señor Higginson⁷, así como el canto de un salmo por parte de todos los congregados, se harían más llevaderos para las personas más ordinarias por medio de una copiosa efusión de cerveza, sidra, vino y coñac y, según afirman algunas autoridades en el tema, por medio de un buey asado entero o, al menos, troceado en partes más manejables. Un ciervo, cazado a unos treinta y cinco kilómetros de allí, proporcionó el relleno para la enorme circunferencia de un pastel. Un bacalao de casi treinta kilos, pescado en la bahía, se disolvió en el rico caldo de una sopa. En definitiva, que la chimenea de la nueva casa, al escupir el humo de la cocina, impregnó todo el aire de olor a carnes, aves y pescados, sabrosamente condimentados con fragantes hierbas y abundantes cebollas. El mero aroma de ese festín, que llegó a las narices de todos, era tanto una invitación al evento como a que se abriera el apetito.

Maule's Lane –o Pyncheon Street, como era ahora más decoroso llamar a la calle– se abarrotó a la hora señalada de una multitud que parecía una congregación que se dirigiese a la iglesia. Según se aproximaban, todos miraban hacia arriba a la imponente edificación que, de ahí en adelante, ocuparía su puesto entre las demás moradas. Y allí se alzaba, un poco retirada del frente de la calle, mas no con modestia, sino con pleno orgullo. Todo su exterior visible estaba adorna-

7. John Higginson (1616-1708), inglés que muy joven se trasladó a Salem y se convirtió en 1660 en pastor de la iglesia de ese lugar.

do con extrañas figuras, concebidas de acuerdo con el carácter grotesco del estilo gótico, dibujadas o estampadas en el reluciente revoque de cal, guijarros y pedacitos de cristal que cubría los muros de madera. Por todas partes los siete tejados señalaban intensamente al cielo, y presentaban el aspecto de toda una hermandad de edificios que respiraban a través de los orificios de una gran chimenea. Las muchas celosías, con sus pequeños cristales en rombo, dejaban que entrara el sol en el vestíbulo y en las habitaciones, por más que el segundo piso, que sobresalía más que el primero, y a su vez se encogía bajo el tercero, arrojaba sombras y una mediatibunda penumbra a las estancias inferiores. Había unos globos de madera tallada bajo los salientes de cada planta, mientras que unas pequeñas espirales de hierro embellecían cada uno de los siete picos. El gablete del tejado que primero daba a la calle tenía un cuadrante, colocado esa misma mañana, en el que el sol todavía marcaba el paso de la primera hora brillante de una historia que no estaba destinada a serlo tanto. Por todas partes había esparcidos virutas, astillas, tejas de madera y trozos rotos de ladrillo, que, junto con la tierra recién excavada, en la que todavía no había empezado a crecer la hierba, contribuían a crear una impresión de rareza y novedad, como correspondía a una casa que aún tenía que hacerse un hueco en la vida cotidiana de las personas.

La entrada principal, de casi la anchura de la puerta de una iglesia, estaba en la arista de los dos tejados delanteros, y la cubría un porche abierto que tenía unos bancos. Por esa entrada en forma de arco, arrastrando los pies por el umbral sin estrenar, pasaron ahora los clérigos, patriarcas, magistrados, diáconos y aquellos aristó-

cratas que pudiese haber en la ciudad o en el condado. Por allí también entraron en tropel los plebeyos, con la misma libertad que sus superiores y en mayor número. No obstante, nada más rebasar la puerta había dos sirvientes que indicaban a algunos de los invitados que se dirigieran hacia las cercanías de la cocina, mientras que a otros los hacían pasar a las estancias más importantes; eran hospitalarios con todos, pero no dejaban de tener muy en cuenta la condición alta o baja de cada uno. Sus prendas de terciopelo, sombrías pero lujosas, gorgueras de tiasas tablas y bandas, guantes bordados, venerables barbas y semblantes de autoridad, permitían que en esa época fuese fácil distinguir al caballero religioso del comerciante de aire torpe, o del trabajador vestido con una chaqueta de cuero sin mangas, que, atemorizado, entraba a hurtadillas en la casa que tal vez él mismo hubiese ayudado a construir.

Hubo una circunstancia adversa que despertó un malestar apenas disimulado en unos cuantos de los invitados más puntillosos. El fundador de esa señorial mansión, un caballero conocido por la contundencia de su cortés comportamiento, tendría que haber estado, sin la menor duda, en el vestíbulo de su propia casa para ser el primero que diese la bienvenida a tantos personajes ilustres que habían acudido con motivo de esa solemne celebración. Sin embargo, seguía sin aparecer, y ni los más selectos invitados lo habían visto. Esta demora por parte del coronel Pyncheon se hizo aún más inexplicable cuando llegó el segundo dignatario de la provincia y no tuvo un recibimiento más ceremonioso. El vicegobernador, pese a que su visita era uno de los honores más esperados del día, desmontó de su caballo, ayudó a su esposa a bajar de

su silla de mujer y atravesó el umbral del coronel sin recibir más saludo que el del sirviente principal.

Esta persona, un hombre de pelo cano y porte tranquilo y muy respetable, consideró necesario explicarle que su señor seguía aún en su estancia privada, o estudio, en el que se había metido una hora antes tras indicar que no quería que lo molestasen bajo ningún concepto.

—¿Pero es que no ve usted, buen hombre —le dijo el alto sheriff del condado, llevándose al sirviente a un aparte— que se trata nada menos que del vicegobernador? ¡Llame al coronel Pyncheon inmediatamente! Sé que esta mañana ha recibido cartas de Inglaterra, y leyéndolas y pensando en ellas se le puede haber pasado la hora sin enterarse. Pero yo diría que no le va a gustar nada que deje usted que no cumpla con la cortesía que le debe a uno de nuestros principales dirigentes, del que podríamos decir que representa al rey Guillermo⁸ en ausencia del propio gobernador. ¡Llame a su señor al instante!

—Le ruego que me disculpe Su Señoría —contestó el otro muy perplejo, mas con una reticencia que indicaba claramente las duras y severas normas domésticas del coronel Pyncheon—, pero las órdenes del señor han sido muy estrictas y, como sabe Su Señoría, no permite que quienes le sirven cometan la menor imprudencia. Que abra esa puerta aquel a quien se le antoje, pero yo no me atrevo, ni aunque fuese el mismo gobernador el que me lo pidiera.

—Bah, bah, señor alto sheriff —exclamó el vicegobernador, que había oído la anterior conversación y

8. Guillermo III, rey de Inglaterra entre 1689 y 1702.

se consideraba de una posición lo bastante alta para poder jugar un poco con su propia dignidad—, ya me encargo yo de esto. Es hora de que el buen coronel salga a recibir a sus amigos, o, de lo contrario, tendremos que sospechar que ha tomado un sorbo de más de su vino de las Islas Canarias, mientras deliberaba qué barril era mejor espitar en honor de este día. En vista de que va con tanto retraso, lo voy a avisar yo mismo.

Dicho lo cual, y haciendo al pisar un ruido con sus pesadas botas de montar que se podría haber oído en el más lejano de los siete tejados, se dirigió hacia la puerta que le señaló el sirviente y llamó a los paneles nuevos de ésta con contundencia y atrevimiento. Después, mientras se giraba con una sonrisa a mirar a los espectadores, esperó respuesta. Sin embargo, como no hubo ninguna, volvió a llamar, mas con el mismo resultado insatisfactorio que la primera vez. Entonces, al ser de temperamento un poco colérico, el vicegobernador levantó la pesada empuñadura de su espada y dio tales golpes en la puerta que, como murmuraron algunos de los allí presentes, el estruendo podría haber despertado a los muertos. Aunque así fuese, no pareció conseguirlo con el coronel Pyncheon. Cuando el sonido se aplacó, se hizo un silencio profundo, lóbrego y agobiante por toda la casa, pese a que a muchos de los invitados ya se les había soltado la lengua por una subrepticia copita o dos de vino o licor.

—¡Qué extraño que es esto, pero qué extraño! —exclamó el vicegobernador, que de sonreír había pasado a fruncir el ceño—. No obstante, ya que nuestro anfitrión nos está dando el buen ejemplo de olvidarse de ceremonias, yo también voy a prescindir de ellas y me

voy a tomar la libertad de inmiscuirme en sus asuntos privados.

Probó a mover la manija, que cedió a su mano, y entonces la puerta se abrió de par en par por una repentina ráfaga de viento que pasó, como con un fuerte suspiro, desde el portal exterior por todos los pasillos y estancias de la nueva casa. Agitó las prendas de seda de las damas y los largos rizos de las pelucas de los caballeros, sacudió las colgaduras de las ventanas y las cortinas de los dormitorios, y provocó por todas partes un peculiar revuelo que, sin embargo, era más como un silencio. Una sombra de sobrecogimiento y temerosas expectativas –sin que nadie supiera por qué ni de qué– cayó de inmediato sobre los presentes.

Aun así, todos se abalanzaron hacia la puerta ahora abierta, y tal era la fuerza de su curiosidad que se llevaron por delante al vicegobernador, que entró a la vanguardia del grupo. Un primer vistazo no les reveló nada fuera de lo normal; era una habitación bien amueblada de discreto tamaño, un tanto en penumbra por las cortinas corridas, con libros en los estantes y un gran mapa en la pared, así como un retrato del coronel Pyncheon, debajo del cual estaba sentado el propio coronel en una butaca de roble con una pluma en la mano. En el escritorio tenía cartas, pergaminos y hojas de papel en blanco. Parecía mirar a la curiosa multitud, a cuya cabeza estaba el vicegobernador, con el ceño de su enorme y oscuro rostro muy fruncido, como si reprobara con severidad que se hubieran atrevido a invadir su retiro privado.

Un niño pequeño, nieto del coronel y el único ser humano que se atrevía a tratarlo con familiaridad, se abrió paso entre los invitados y corrió hacia la figura

sentada, pero se detuvo a mitad de camino y empezó a chillar aterrorizado. Todos los demás, temblorosos como las hojas de un árbol cuando se agitan todas juntas, se acercaron más y advirtieron que había una distorsión poco natural en la mirada fija del coronel, el cual tenía sangre en la gorguera y la barba cana también llena de ella. Era demasiado tarde para socorrerlo. ¡Ese despiadado puritano, ese perseguidor implacable, ese hombre codicioso y tozudo, estaba muerto! ¡Muerto en su nueva casa! Cuenta la leyenda –que sólo vale la pena mencionar para dar un matiz de terror supersticioso a una escena que quizá ya sea lo bastante tétrica sin él– que entonces todos los invitados oyeron una voz muy alta, cuyo tono era el del viejo Matthew Maule, el brujo ejecutado, que exclamó: «¡Dios le ha hecho beber sangre!».

Y así tan pronto fue como ese invitado, el único que es seguro que antes o después llegará a cualquier morada humana, la muerte, cruzó el umbral de la Casa de los Siete Tejados.

El repentino y misterioso fin del coronel Pyncheon tuvo una enorme repercusión en su momento. Hubo muchos rumores, algunos de los cuales han llegado vagamente hasta la actualidad, que decían que las apariencias indicaban que había habido violencia; que el muerto tenía marcas de dedos en el cuello y la huella de una mano ensangrentada en la tableada gorguera, y que su barba en pico estaba alborotada, como si se la hubiesen agarrado con fiereza y hubieran tirado de ella. Se afirmó, asimismo, que la ventana de celosía que había cerca de la silla del coronel estaba abierta, y que, sólo unos pocos minutos antes del fatídico suceso, habían visto a un hombre saltando por la valla del